

### 3

De todos mis primos hermanos, el Gordo Daniel era el más hermano de los primos. Él nació en marzo y yo en enero del 61. De bebés nos vestían iguales para las fiestas y jugábamos siempre juntos. Daniel era chiquito y tranquilo y yo era gordo y gritón. Mariela, la hermana de Daniel, era un año menor que Griselda, mi hermana mayor. Los cuatro éramos seguidos, Griselda, Mariela, yo y Daniel, y nuestra vida era jugar juntos, como hermanos, en la casa de los abuelos.

Mariela y Griselda jugaban más juntas que con sus hermanos, y Daniel y yo jugábamos más juntos que con nuestras hermanas. En jardinera estábamos en la misma clase con el Gordo y después en la escuela fue igual. A la salida nos iban a buscar para llevarnos a la casa de los abuelos.

Yo me pasaba con la pelota y Daniel, a quien no le gustaba mucho, jugaba para que yo no jugara solo; después jugábamos a algo que le gustara a él y así nos divertíamos. Un día, después de la jardinera, tía Graciela y mamá nos vistieron a los cuatro de blanco y nos llevaron al parque a sacarnos fotos: primero los hermanos con sus madres y después todos los primos juntos, sin madres, haciendo una fila o jugando a la rueda-rueda, posando para la foto. Cuando terminaron las fotos nos fuimos a jugar a un tobogán de donde Daniel, tirándose de cabeza, aterrizó contra una piedra. El Gordo, llorando y bañado en sangre, tiñó de rojo

nuestras ropas blancas mientras la tía y mamá, desesperadas, con nosotros a cuestas, salieron volando a un hospital, donde lo cosieron. Esa sería su marca: una cicatriz en forma de cruz entre las cejas.

Cuando todos empezábamos a escribir, Daniel lo hacía con la izquierda y en la mesa agarraba los cubiertos al revés. A los mayores les llamaba la atención, hasta que un día se dieron cuenta de que se sentaba enfrente de su hermana mayor y tomaba las lapiceras y los cubiertos de la misma forma que lo hacía ella; el Gordo era su espejo y así fue como empezó a escribir con la mano izquierda sin ser zurdo: hacía un redondel con el brazo quebrando la muñeca hacia adentro, enrosándose en sí mismo.

Una mañana Daniel me contó cómo había hecho para poder ver al *Apolo 11*, que había alunizado la noche anterior y que nuestros padres nos habían dicho que no podíamos ver, porque era muy tarde. Mis padres esa misma noche nos dejaron quedarnos levantados para verlo, pero el padre de Daniel les dijo que se tenían que ir a dormir. En la casa grande donde vivían, Daniel, que no se había dormido, le dijo a su hermana que lo siguiera. Despacito, arrastrándose como veían que se hacía en las películas de guerra, llegaron hasta el descanso de la escalera y acostados en el piso, con la cabeza colgando, miraban por el vidrio el reflejo de la televisión. El padre y la madre estaban sentados frente al televisor. El padre, Jorge, se levantó y fue a la cocina. Daniel y Mariela estaban muy contentos de que iban a poder ver al hombre en la Luna, cuando de repente algo los agarró de los fundillos a cada uno. Era Jorge, que los había visto y había subido por otra escalera.

—¿Qué están haciendo ustedes acá? —gritó con voz de risa mientras ellos quedaban duros porque habían sido descubiertos.

De los fundillos los levantó y llevó al sofá, para ver el alunizaje todos juntos.

Después Daniel me decía:

—¿Viste cuando clavó la bandera de Estados Unidos?

—Sí.

—¿Y cuando dio el primer paso?

Habíamos quedado maravillados de lo que habíamos visto. El *Apolo 11* quedaría grabado en nosotros para siempre.

Cuando dieciséis años después vi las banderitas de Estados Unidos agitadas por dieciocho mil manos en el Estadio Olímpico de Los Ángeles, recordé que íbamos a enfrentar en sus Olimpiadas a los dueños del planeta y de la Luna.

—A Michael Jordan lo marcás vos —me había indicado el técnico de la Selección Uruguaya.

Esa noche tendría que marcar a Neil Amstrong.

344 páginas después...

Decisiones de mis padres me hicieron ver la riqueza que existe en tomar uno mismo sus decisiones, en construir uno mismo su propio camino hacia su destino, con su moral, su ley, sus reglas, en buscar, en andar: “Larguirucho endemoniado, peatón de las ciudades, no hay vereda; la vereda se inventa en cada decisión, segundo a segundo y centímetro a centímetro”. Hay un destino de cada cual, que cada cual fija cuando no acepta lo que le quieren imponer y toma conciencia de que podrá ser castigado, pero sigue fijándolo, sabiendo que es la forma de estar realmente vivo.

Así fue como surgieron el *medio loco* y luego el *loco*, así fue como surgió el *falopero* por fumar en los rincones, pudiendo tener arreglo con los grandes señores. Así fue como surgió el *piojo*, por andar en coche usado y sin ropa de marca. Las miserias humanas, estar en boca de todos, lastiman, y no es solución ponerse por encima de todo eso, aislándose en la burbuja del éxito, sino que hay que aprender a convivir con ellas. Así es como surgieron tantos ángulos que no pertenecían a la realidad, ángulos marcados, determinados por la sociedad que debía colocarme en algún lado del sistema por todo lo que generaba como deportista. No podía ser que alguien tan evidente no formara parte del catálogo. La condena, el reclamo, la forma de vestirme, de hablar, de opinar sobre política en la apertura democrática, de redescubrir el rol del deportista participativo, en una sociedad

donde se lo escucha como a pocos otros, eran acciones que no podía evitar hacer y que tenían su costo. Más aún cuando esos pocos otros, autoamordazados, se han vuelto complacientes con el poder, ya que el derecho a ser escuchados se lo ganaron transando. Todas esas etiquetas que me pusieron fueron castigos, imágenes creadas que nada tenían que ver con mi vida real. Detrás de esos juicios se escondía el miedo de que el colectivo también siguiera su propio camino. Era el castigo que me propinaban los que en definitiva no se habían animado a ser, los que veían en el que sí se animaba su propia derrota. Si había algo en mí que valiera la pena, entonces era eso.

Fui por la vereda del destino sabiendo cada precio que pagaba fuera y dentro de mí, consciente de que caminaba por donde quería caminar y por donde no estaba dispuesto a dejar de caminar, por alto que fuera el precio. Junto con la soledad colectiva, mi soledad fue por la vereda.

“No me dejes, seguí por aquí”, me había dicho la vereda con vocecita suave, confiada en mi tenacidad. Mis amores, las mujeres que se cruzaron en mi vida y su recuerdo, me hicieron querer bajarme de la vereda, y tampoco lo lograron las maravillosas y tentadoras oportunidades que el seductor mundo de los triunfadores me ofreció. Poder elegir, esa era mi riqueza y mi valentía.

Inventé mis propias fronteras, sin dejar nunca mi barrio, mi casa, mi lugar. A los veinte años me reconocía a mí mismo como adulto, viendo a los adultos comportándose como niños.

Me entregué, simplemente me entregué a transitar sin temor, con determinación; me entregué sin mirar atrás para

ver si dejaba huellas. Sabía que las huellas estaban, pero trataba de mirar el horizonte para no perderme el próximo paso.

Y ahora estaba en la Tierra de Kali. Volviendo al locutorio para hacer de nuevo la llamada, rengueando con las ojotas que me cubrían la mitad del pie infectado, mi pantalón de viaje gastado, la remera raída, vieja, valiosa, que cubrían mis huesos, recordando cómo había llegado a través de mi vida hasta ese lugar.

Recordando cómo no había permitido que el mundo me transformara en una mercadería, cómo había conseguido sacar mi camino de los laberintos del poder, de la enajenación, del deseo conformista, insensible, marginado, anestesiado. Ahí estaba, tan rico y tan pobre, con mi soledad destruida, compartida por la búsqueda incesante, sin fin, de dedicar mi vida a perseguir sueños, corriendo sin freno con el viento en la cara durante las noches, por los amaneceres, a través del frío, por los calores y la tierra seca o junto al mar, el corto trayecto entre la *involuntad* de nacer y la *involuntad* de morir.